

CAPITULO VI

El héroe del Nilo

El navío que avanzaba al encuentro de la flotilla real, y á cuyo topé hemos visto ascender el rojo pabellón de la Gran Bretaña, se llamaba el *Van-Guard*.

El oficial que le mandaba era el comodoro Horacio Nelsón, el cual acababa de destruir en las aguas de Abukir la escuadra francesa, y de arrancar á Bonaparte y al ejército republicano toda esperanza de volver á Europa.

Digamos algunas palabras acerca del comodoro Horacio Nelsón, del gran marino cuyas victorias contrabalancearon y hasta quebrantaron sobre el Océano la fortuna continental de Napoleón.

Causará tal vez extrañeza que nosotros hagamos el elogio de Nelsón, de ese terrible enemigo de la Francia, que en Abukir y en Trafalgar le extrajo del corazón su mejor y más pura sangre; pero los hombres como él son producto de la civilización universal, y al examinarlos, la posteridad olvida

cuna y su país, para no ver en ellos sino una parte de la grandeza de la especie humana, acreedora á que se la mire con acendrado amor y á que se la acaricie con inmenso orgullo. Una vez encerrados en la tumba, ya no son compatriotas, extranjeros, amigos ni enemigos; son lumbreras de la gloria, cuya luz pertenece al género humano, y se llaman Anibal y Scipión, César y Pompeyo; esto es, obras y acciones. La inmortalidad naturaliza los grandes genios en provecho del universo.

Nelsón nació el 28 de Septiembre de 1758, de modo que en la época de nuestra historia era un hombre de treinta y nueve á cuarenta años.

Vió la luz en una pequeña aldea del condado de Norfolk, y su padre era sacerdote del culto evangélico; su madre murió joven dejando once hijos.

Horacio tenía un tío marino emparentado con los Walpole, el cual le llevó consigo, colocándole como aspirante á bordo del *Temible*, navío de sesenta y cuatro cañones.

Nelsón hizo un viaje al polo y su buque estuvo seis meses aprisionado en los hielos; allí luchó cuerpo á cuerpo con un oso blanco, y hubiera concluido su carrera ahogado entre sus patas si uno de sus compañeros no hubiese descargado su fusil dentro de la oreja del animal.

Después fué al ecuador, y extraviado en un bosque del Perú, se quedó dormido debajo de un árbol; la mordedura de una serpiente de la peor especie interrumpió su sueño, y de sus resultas estuvo á las puertas de la muerte: durante toda su vida, conservó manchas violadas semejantes á las del reptil.

El Canadá fué teatro de sus primeros amores, y poco faltó para que consumase allí su mayor locura. Por no abandonar á la que amaba, quiso dar su dimisión de capitán de fragata; pero sus oficiales se apoderaron de él por sorpresa, le maniataron como si fuese un criminal ó un loco, le llevaron á bordo del *Sea-Horse*, buque que entonces mandaba, y no le dejaron libre sino cuando se hallaron en alta mar.

De vuelta á Londres, se casó con una joven viuda llamada mistress Nisbett, á la cual amó con esa pasión que tan fácil como ardientemente brotaba en su pecho; cuando volvió á hacerse á la vela, llevó consigo á un hijo que su mujer había tenido en el primer matrimonio.

Horacio Nelsón era capitán á bordo del *Agamenón* en la época en que el almirante Trogof y el general Maudet entregaron á los ingleses el puerto de Tolón; entonces fué enviado con su buque á Nápoles para

anunciar al rey Fernando y á la reina Carolina la toma de nuestro primer puerto militar.

Sir William Hamiltón, embajador de Inglaterra, según ya hemos dicho, le encontró en la cámara del rey, y acto continuo le llevó á su casa: Nelsón fué introducido en el salón, y el embajador inglés, entrando en el cuarto de su esposa, le dijo:

— Viene conmigo un hombrecillo que tiene poquísimo que agradecer á la naturaleza; pero, ó mucho me engaño, ó algún día será la gloria de la Gran Bretaña, y el terror de sus enemigos.

— ¿Y cómo podéis adivinarlo? preguntó lady Hamiltón.

— Por las pocas palabras que hemos cambiado desde palacio aquí. En el salón está; id á hacerle los honores de la casa. Ya sabéis que nunca he recibido á ningún oficial inglés; pues bien, éste merece una excepción y quiero hospedarle mientras permanezca en Nápoles.

Y en efecto, Nelsón quedó alojado en la embajada de Inglaterra, sita en el ángulo que forman el río y la calle de Chiaia.

El futuro comodoro era entonces (1793) un hombre de treinta y cuatro años, de estatura pequeña, según había dicho sir William, y de pálido rostro; tenía los ojos azules, la barba vigorosamente acen-

tuada, indicio de tenacidad y de temeraria obstinación, y la forma aguilena de su nariz le daba ese perfil de ave de rapiña que distingue á los grandes guerreros, tipo característico del cual ofrecen notable ejemplo César y Condé; en cuanto á los cabellos y á la barba, eran de un rubio claro, escasos aquéllos, y ésta lampiña y mal distribuída.

Nada indicaba en aquella época que Emma Lyonna tuviese, respecto al físico de Nelsón, diferente opinión que su marido. Pero la irresistible belleza de la embajadora produjo su efecto: el marino salió de Nápoles llevando los refuerzos que había ido á pedir á la corte de las Dos Sicilias, y, con ellos, grabada en el alma la imagen de lady Hamilton.

El afán con que buscó la muerte en la toma de Calvi, en la cual perdió un ojo, y en la expedición de Tenerife, que le costó la amputación de un brazo, ¿fué inspirado únicamente por la ambición de gloria, ó por aquel amor cuya inmensidad comprendía? Nadie lo sabe; pero lo cierto es que en ambas ocasiones expuso su vida con tal indiferencia, que el menos observador pudo conocer el poquísimo apego que le tenía.

Lady Hamilton volvió á verle tuerto y manco, y ningún indicio prueba que su corazón experimentase por el héroe mutilado otro sentimiento

distinto de esa tierna y simpática piedad que inspiran á la belleza los mártires de la gloria.

Nelsón volvió á Nápoles por segunda vez el 16 de Junio de 1798, y por segunda vez se encontró en presencia de lady Hamilton.

Su posición fué entonces crítica.

Encargado de bloquear en el puerto de Tolón la escuadra francesa, y de atacarla si se daba á la vela, dejó escapar de entre las manos aquella escuadra que desembarcó 30,000 hombres en Alejandría, después de haberse apoderado de Malta.

Y no fué eso todo: sorprendido por una tempestad que ocasionó en sus buques graves averías, falta de agua y de víveres, tuvo que renunciar á perseguir al enemigo y refugiarse en Gibraltar á fin de reparar sus daños.

Nelsón estaba perdido: ¿no podían acusar de traición al hombre que durante un mes había estado buscando en el Mediterráneo, esto es, en un gran lago, una escuadra de trece navíos de línea y de trescientos ochenta y siete buques de transporte, y que, no sólo no había podido alcanzarla, sino que ni siquiera había descubierto su estela?

Tratóse entonces de obtener de la corte de las Dos Sicilias que permitiese á Nelsón, á pesar del

embajador francés, abastecerse de agua y víveres en los puertos de Mesina y Siracusa, y tomar en los bosques de la Calabria maderas de construcción para reemplazar sus vergas y sus mástiles destrozados.

Un tratado de paz y amistad con la Francia recomendaba al gobierno de Nápoles la neutralidad más absoluta; acceder á la solicitud de Nelsón, era faltar á esa neutralidad y hacer jirones aquel tratado.

Pero Fernando y Carolina aborrecían de tal manera á los franceses, y habían jurado tal odio á la Francia, que se concedió imprudentemente cuanto Nelsón pedía; y no ocultándosele al comodoro inglés que sólo una gran victoria podía salvarle, abandonó las aguas del golfo napolitano, más enamorado, más loco, más insensato que nunca, jurando morir ó vencer en la primera ocasión que se le presentase.

Y venció; pero poco le faltó para pagar con la vida su victoria. Nunca, desde la invención de la pólvora y el uso de los cañones, presenciaron los mares tan espantosa batalla, tan horrible desastre.

De trece navíos de línea que, según hemos dicho, componían la escuadra francesa, dos únicamente se salvaron del incendio y pudieron escapar de manos del enemigo.

Un navío, l'*Orient*, hizo explosión; otro y una fragata se fueron á pique; nueve quedaron en poder de los vencedores.

Nelsón se portó como un héroe durante el combate: mil veces ofreció su pecho á la muerte y puede decirse que la muerte no le quiso. Sin embargo, recibió una horrible herida. Una bala del *Guillermo Tell*, casi expirante, rompió una verga del *Van-Guard*, navío que Nelsón montaba, y uno de los pedazos le cayó sobre la frente, en el momento que levantaba la cabeza para reconocer la causa del terrible crujido; la verga le arrolló la piel del cráneo sobre el único ojo que le quedaba, y le derribó sobre cubierta, bañado en sangre, como un toro herido por una maza.

Creyendo que su herida era mortal, Nelsón mandó llamar al capellán del buque para pedirle su bendición y depositar en su seno el último adiós á su familia.

Pero con el sacerdote subió el cirujano: éste examinó el cráneo; el cráneo estaba intacto, sólo la piel de la frente había sido arrollada sobre la cara, cubriéndola hasta la boca como una sangrienta visera.

La piel fué colocada en su lugar, pegada á la frente y sujeta por una venda negra. Nelsón reco-

gió la bocina que el golpe arrancó de su mano y volvió á su obra de destrucción gritando con toda la fuerza de sus pulmones: « ¡Fuego! » ¡ En el odio de aquel hombre contra la Francia había el aliento de Titán!

Ya lo hemos dicho: á las ocho de la noche del 2 de Agosto, no restaba de la escuadra francesa más que dos navíos que se refugiaron en Malta.

Un buque ligero llevó á la corte de las Dos Sicilias y al Almirantazgo de Inglaterra la noticia de la victoria de Nelsón y de la destrucción de nuestra escuadra.

La Europa entera lanzó un inmenso grito de alegría que resonó hasta en las fronteras de Asia; ¡ tan temido era el nombre francés y tan execrada la revolución!

El gobierno de Nápoles, después de haber llegado al paroxismo de la rabia, se entregó á los transportes de la más insensata felicidad.

Lady Hamilton fué naturalmente la que recibió la carta de Nelsón que anunciaba aquella victoria, victoria que encerraba para siempre en Egipto á 30.000 franceses, y con ellos al general Bonaparte.

El héroe de Tolón, de 13 vendimiario, de Montebotte, de Dego, de Arcole y de Rivoli; el vencedor de Beaulieu, de Wurmser, de Alvinzi y del príncipe

Carlos, el ganador de batallas que en menos de dos años había hecho ciento cincuenta mil prisioneros, conquistado ciento setenta banderas y tomado al enemigo ciento cincuenta cañones de grueso calibre, seiscientas piezas de campaña y cinco equipajes de puentes; el ambicioso que había dicho que Europa era una *taupinière* (1) y que nunca había habido grandes imperios ni grandes revoluciones sino en Oriente; el aventurero que á los veintinueve años, más grande que Aníbal y que Scipión, quiso conquistar el Egipto para igualarse con Alejandro y César, quedaba confiscado, suprimido, borrado de la lista de los combatientes. Á ese gran juego de la guerra, Bonaparte había encontrado por fin un jugador más afortunado ó más hábil que él, acababan de darle *jaque mate* sobre ese gigantesco tablero del Nilo, donde los *peones* son obeliscos, los *caballos* esfinges, las *torres* pirámides, y donde los *alfiles* (2) se llaman Cambises, los *reyes* Sesostris y las *reinas* Cleopatra.

Creyendo perdido á Bonaparte y abatida la Francia, los soberanos de Europa se volvieron locos de gozo: curioso es por cierto calcular por los presentes que aquellos soberanos hicieron á Nelsón,

(1) *Topera*.

(2) Esta pieza se llama en francés *fou*, esto es, loco.

el terror que les causaban los dos nombres reunidos de Francia y Bonaparte.

La enumeración de esos regalos no es cosa difícil, puesto que no tenemos más que hacer sino copiarla de una nota escrita de puño y letra de Nelsón;

De S. M. el rey Jorge III, la dignidad de par de la Gran Bretaña y una medalla de oro;

De la Cámara de los comunes, el título de barón del Nilo y Barnham-Thorpes, y para él y para sus dos más próximos herederos, con una renta de dos mil libras esterlinas que empezaría á contarse desde el 1.º de Agosto, día de la batalla;

De la Cámara de los pares, la misma renta, con iguales condiciones y á partir del mismo día;

De la Compañía de las Indias orientales, diez mil libras por una sola vez;

Del sultán, una hebilla de diamantes con la pluma del triunfo, valuada en dos mil libras esterlinas, y un riquísimo capote forrado de pieles que no valga menos de mil;

De la madre del sultán, una caja guarnecida de diamantes, apreciada en mil doscientas libras;

De rey de Cerdeña, una tabaquera, también con diamantes, cuyo valor ascendía á la misma suma;

De la isla de Zante, una espada con su empuñadura de oro y un háston con pomo del mismo metal;

De la ciudad de Palermo, una tabaquera y una cadena de oro, sobre una bandeja de plata.

Nuestra enumeración quedaría incompleta si no citásemos el regalo, verdaderamente inglés, que le hizo su amigo Benjamín Hallowell, capitán del *Swifsure*.

Dijimos antes que el navío francés *l'Orient* había hecho explosión; Hallowell recogió el gran mástil y mandó que le izaran á bordo de su buque; en seguida ordenó al carpintero y al cerrajero que con la madera y el hierro del mástil construyesen un ataúd, sobre el cual puso, en una placa, este certificado de origen:

«Certifico que este ataúd se ha construido con la madera y el hierro del navío *l'Orient*, cuyos despojos recogió en su mayor parte, en la bahía de Abukir, el navío que se halla á mis órdenes.

«B. HALLOWELL.»

Acto continuo, hizo regalo á Nelsón del ataúd así certificado, mandándole al mismo tiempo la siguiente carta:

« Al honorable Nelsón, C.B.

»Mi querido señor:

»Os remito con la presente un ataúd hecho con el

mástil del navío francés *l'Orient*, á fin de que, tan pronto como abandonéis esta vida, podáis reposar sobre vuestros propios trofeos. La esperanza de que ese día se halla aún muy lejano es el más sincero deseo de vuestro afectísimo y obediente servidor,

»B. HALLOWELL.»

Digamos en honor de la verdad que de todos los presentes que se le hicieron á Nelsón, ninguno fué tan de su agrado como este último; recibióle con marcada satisfacción, y mandó ponerle en su camarote, apoyado contra la pared del buque, detrás del sillón en que se sentaba para comer. Un antiguo criado, á quien entristecía la vista de aquel mueble póstumo, consiguió del almirante que le trasladaran al entrepuente.

Cuando Nelsón abandonó el *Van-Guard*, horriblemente mutilado, para tomar el mando del *Fulminante*, el ataúd permaneció algunos meses sobre el castillo de proa, mientras se destinaba un sitio definitivo en el nuevo buque. Un día en que los oficiales del *Fulminante* admiraban el original regalo del capitán Hallowell, Nelsón les gritó desde su camarote:

— « Señores, admiradle cuanto queráis; pero

cuenta que no se ha hecho para ninguno de vosotros. »

Por último, Nelsón le mandó á Inglaterra á la primera ocasión que se le presentó, y encargó á su tapicero que inmediatamente le guarneciera de terciopelo, por cuanto á que de un momento á otro podría necesitarle.

Inútil nos parece añadir que Nelsón, muerto siete años después en Trafalgar, fué encerrado en aquel ataúd.

Volvamos á nuestro relato.

Hemos dicho que un buque ligero llevó á Nápoles y á Londres la noticia de la victoria de Abukir.

No bien recibió Emma Lyonna la carta de Nelsón, corrió á la cámara de la reina Carolina y se la presentó completamente abierta. Carolina echó una ojeada sobre los caracteres y arrojó un grito, ó más bien, un rugido de felicidad; en seguida llamó á sus hijos, al rey, corrió como una insensata por las habitaciones, abrazando á cuantos encontraba, y repetía incesantemente, estrechando entre sus brazos á la mensajera de la buena noticia:

— « ¡ Oh, Nelsón, valiente Nelsón, salvador y libertador de Italia, que Dios te proteja! ¡ que el cielo te guarde! »

Luego, sin cuidarse del embajador francés Garat (el mismo que había leído á Luis XVI su sentencia

de muerte y á quien sin duda había enviado el Directorio como una advertencia á la monarquía napolitana), creyendo que ya no tenía nada que temer de la Francia, ordenó que ostensiblemente se hiciesen los preparativos necesarios para recibir á Nelsón en Nápoles con todos los honores debidos á un triunfador.

Y para no ser menos que los otros soberanos, ella, que creía deber al héroe del Nilo mucho más que los otros, amenazada como se hallaba por la presencia de las tropas francesas en Roma y por la proclamación de la república romana, hizo que su primer ministro Actón presentase á la firma del rey un despacho, á tenor del cual se nombraba al comodoro inglés duque de Bronte, concediéndole una renta anual de tres mil libras esterlinas; pero por su parte, el rey se reservaba el placer de ofrecer á Nelsón, al mismo tiempo que le entregase el despacho, la espada que Luis XIV dió á su nieto Felipe V cuando marchó á ocupar el trono de España, espada que Felipe V puso á su vez en manos de su hijo Carlos al enviarle á la conquista de Nápoles.

Según las instrucciones del rey Carlos III, aquella espada, cuyo valor intrínseco, prescindiendo del histórico que era inapreciable, ascendía á ciento

veinte mil francos á causa de los diamantes que la adornaban, no debía ceñirla sino el defensor ó el salvador de la monarquía napolitana.

Además del consabido título de duque, la reina pensaba hacer á Nelsón un regalo que para él había de ser muy superior á todos los honores y riquezas de los reyes; María Carolina tenía intención de darle Emma Lyonna, objeto de su ambición y de sus más ardientes ensueños desde hacía cinco años.

Consiguiente á esto, en la mañana de aquel memorable 22 de Septiembre de 1798, la reina separó los cabellos castaños que cubrían la frente de Emma Lyonna, aquella frente engañadora, tan pura al parecer como la de un ángel, depositó en ella un beso y dijo á su favorita:

— « Mi querida Emma, para que yo continúe siendo rey, y por consiguiente, para que tú sigas siendo reina, es preciso que ese hombre nos pertenezca; y, para que ese hombre sea nuestro, es necesario que tú seas de él. »

Emma bajó los ojos sin responder, cogió las manos de la reina y las besó apasionadamente.

Digamos ahora cómo María Carolina podía hacer semejante súplica, ó, mejor dicho, dar semejante orden á lady Hamiltón, embajadora de Inglaterra.